



# Una lección de vida sobre el teatro

## “Los regalos”

★★★★

Escrita por Federico Abril y Fernando Castro. Dirigida por Fernando Castro. Lugar: Centro Cultural de la Universidad de Lima. Temporada: hasta el 8 de mayo.



PERCY ENCINAS C.

**H**ace tiempo que el teatro puede conmovernos sin apelar a recursos convencionales. “Los regalos” es, como su título refiere, un conjunto de obsequios gratos para los espectadores que buscan una obra original. Compañía de Teatro Físico, el grupo responsable de su creación, es uno de los nuevos colectivos que han surgido en nuestra escena demostrando tempranamente una calidad notable y una personalidad estética. El 2014 estrenó nombre mientras reponía—ya bajo esa firma—“Copacabana”, un espectáculo de música e imágenes de pareja con 10 actores y una banda que tocaba en vivo que perfilaban su capacidad de crear espectáculo y su apuesta por lenguajes no verbales. Su más reciente montaje, “Deshuesadero” (2016), confirmó sus altas competencias para diseñar y desarrollar propuestas de un teatro signi-

ficativo, impactante y a veces desconcertante.

“Los regalos” se escribió y produjo durante un año y medio a partir de una idea que Fernando Castro, director del montaje, y Diego Sakuray, uno de los actores del reparto, tuvieron en el 2015. El subtítulo de la misma constituye una señal inequívoca de su propuesta: “Una historia de hombres de familia”. La obra decide escenificar la relación, pocas veces abordada, de una familia compuesta exclusivamente por varones: un padre y dos hermanos.

La fábula, basada en recuerdos biográficos, es sencilla: el hermano mayor retorna a casa luego de muchos años y el reencuentro con su padre y su hermano menor activa una serie de pasajes de su infancia y adolescencia. De aquel hogar solo podemos suponer que está aislado de la comunidad y, por tanto, somete a sus habitantes a la imposibilidad de acudir al apoyo de posibles vecinos o familiares; salvo cuando remontan el camino largo hacia un pueblo al que los vemos acudir, por ejemplo, para la compra de los zapatos que devienen en un símbolo familiar hasta el final de la obra; detonantes, a su vez, de una secuencia lúdica que, en

su minimalismo, recrea reacciones tan naturales de deseo y disputas que turban al inexperto padre y pueden sacar lo peor de sí.

El padre, a pesar de su tosquedad en sus repetidos intentos por imponer orden en su masculina familia, es capaz de integrarse a los juegos infantiles, así como de ocuparse de las tareas domésticas que la sociedad machista normalmente lo exoneraría. Preparar la comida, servir la mesa, bañar y cambiar a los niños, proteger su sueño, son algunas de las acciones que lo vemos realizar con delicadeza y ternura (dos características que tiñen toda la obra) aunque también con torpeza y violencia.

Los ‘raccontos’ en escena nos permiten conocer el archivo emocional de estos personajes. Llenos de juegos, competencias, escaramuzas y reprimendas, los actores los desarrollan permeados de afecto, que inevitablemente engarzan con los recuerdos de cualquier espectador.

La vuelta del hermano mayor, sin embargo, descubre a un padre ya anciano, tan distinto del hombre dinámico y dominante de la casa que alguna vez fue, pero, por supuesto, el mismo que es capaz de permitirse breves gestos de asombro ante el reencuentro (la escena de la comida de esa reunión es memorable).

“Los regalos” es un espectáculo que nos sumerge en una historia

**“El montaje prescinde no solo del lenguaje oral sino incluso de la gestualidad facial”.**



que por lo mismo que sucede en un espacio no determinado, se vuelve universal. El montaje prescinde no solo del lenguaje oral, sino incluso de la gestualidad facial. Los personajes usan máscaras neutras, propias de la poética de Jacques Lecoq, y con ello se exigen en comunicar sucesos y emociones apelando a una partitura únicamente de gestos corporales, movimientos, proxemia, ritmos, pausas y tensiones relacionales en el espacio escénico que el atinado diseño de arte de Ana Chung potencia con una composición cromática dominada por los tonos naturales del bronce, de la tierra, del cacao y la canela, con la inserción de proyecciones a modo de viñetas inspiradas.

La música es clave porque acompaña casi todo el relato y el tema de la cantautora La Lá con el que concluye la obra, inscribe una experiencia imborrable en el público. “Los regalos”, entonces, con el sincrónico trabajo de los actores Eduardo Cardozo, Miguel de la Rocha y Diego Sakuray, no busca el virtuosismo circense pero consigue, con su alto nivel expresivo, conectar con algunas perspectivas muchas veces omitidas de la realidad. Alecciona además sobre la potencial elocuencia del cuerpo humano frente al otro, cumpliendo, de paso, con demostrar lo que Lecoq señaló: que con el teatro se llega a descubrir “que el cuerpo sabe cosas que la cabeza no sabe todavía”. Una fascinante lección de vida y de teatro que no debe perderse.